

9 OCT. 1970

CRITICA * INFORMACION *

ABC DE LAS ARTES

ENTREVISTAS * ERUDICION *



Basabe

JUAN ANTONIO MORALES

Por Marino GOMEZ-SANTOS

UN texto breve. Lo suficiente para que sirva de ligera apoyatura literaria a retratos, paisajes, bodegones y marinas elegidas al azar entre centenares de obras de este pintor. Ciertamente que cada una pudiera ser ampliamente comentada; pero esa es misión personal de los críticos de arte y nosotros sólo pretendemos dialogar con su autor en torno a cuatro temas concretos.

Juan Antonio Morales, fiel a su maestro

Vázquez Díaz en el inconformismo artístico—aun cuando pinte retratos—, dominador del arte de la pintura con dotes prodigiosas, produce obras cada vez más ricas y profundas de concepto, logradas con inmenso trabajo, lo que quiere decir que no se deja llevar por el recuerdo que le viene a la mano, aunque a veces parezca—éste es el arte supremo—que los problemas están resueltos con facilidad.

JUAN ANTONIO MORALES

EL RETRATO

Sobre el caballete, el retrato que acaba de comenzar; arrimadas a la pared, varias obras de diferentes temas que aguardan nuevas etapas de trabajo.

—¿En la actualidad a qué nivel social corresponde la mayoría de los encargos de retratos que recibe un pintor?

—En los siglos XVIII y XIX era tradición de la aristocracia el legar a la familia, juntamente con la casa solariega, los retratos. O al Estado, si se trataba de un hombre público. En la actualidad, aunque continúa esta noble costumbre, la clase media acomodada encarga el retrato con diferentes fines. Principalmente, su deseo es disfrutar de su contemplación, el tiempo que estiman la calidad de la pintura y logran, a la larga, perpetuar la fisonomía y el espíritu del ser humano que es finalidad muy importante.

Juan Antonio Morales nos dice que éste sería un tema de gran interés para escribir un ensayo.

—¿Y el retrato, como servidumbre?—le preguntamos.

Su respuesta quiere puntualizar que en todas las épocas los artistas, sin discriminación alguna, han creado obras de arte por satisfacción personal y, al mismo tiempo, con ánimo de obtener éxito en el más amplio sentido.

—Goya recibía encargos de retratos cuyos modelos algunas veces no le eran gratos. Velázquez fue un pintor cortesano, lo que quiere decir que también tenía que adaptarse, en cierta manera, a la voluntad del Rey, lo que no le menoscababa en nada su talento ni sus excepcionales condiciones.

Nos acercamos al caballete donde tiene el retrato que ahora pinta.

—¿Qué te propones al pintar un retrato?

—Ante todo pretendo concebir, a través de la observación del modelo, lo mismo que cuando me sitúo ante un lienzo para pintar un cuadro de composición. En ningún momento prescindo de la preocupación del parecido, que considero fundamental, y al que se debe llegar sin sacrificar la libertad de pintar y las técnicas que uno considere más convenientes para la interpretación de cada modelo.

Para Juan Antonio Morales el retrato debe estar fundamentado en el dominio del dibujo, sensible, que no quiere decir realista.

—Considero que se está perdiendo, lamentablemente, la tradición del dibujo. Los pintores abstractos en su mayoría se han circunscrito a la obtención de la materia, con despreocupación del dibujo. Esto no se puede producir en un buen retrato.

EL PAISAJE

En los viajes esporádicos del otoño, en los meses de verano fuera de Madrid y en algunos fines de semana en que sale al campo, Juan Antonio Morales regresa impregnado de paisaje. Muy pocas veces toma notas de color. Para Morales el paisaje no consiste en trasladar al lienzo la realidad de unas hectáreas de terreno o de un campo de árboles recién podados, sino manifestar una impresión profunda del mismo cuando ya se ha sedimentado.

—Prefiero el paisaje de la estación otoñal y las brumas del Norte. Creo que se ve mejor la paleta de un pintor en esa sobriedad metálica de grises y en el modo de apuntar cosas que en los contrastes violentos y efectistas de luces a pleno sol. El paisaje en el retrato es un complemento ambiental de la figura.

La tierra agrietada y sedienta; el bosque sombrío; el cielo con nubes de ventarrón; los viejos oros del otoño en Castilla. Este paisaje es el que ha pintado, con predilección, Juan Antonio Morales.

EL BODEGON

Si el verdadero artista es el que domina con idéntica maestría todos los géneros que se diversifican con peculiaridades propias en una misma disciplina, podemos decir que Juan Antonio Morales ha demostrado su pericia en todos los registros, desde la pintura de caballete hasta el mural.

—¿De qué forma se encuentra valorado el bodegón en la pintura actual?

—Eso depende siempre con qué vara se mida. El bodegón es en la pintura una manifestación muy española, donde encontramos grandes maestros que no han sido superados. Para pintar un bodegón hay que tener un gran concepto de la composición y un sentido de la síntesis. A mí me ha gustado mucho pintar bodegones y considero haber logrado el expresarme con voz propia, hasta el punto que creo que he tenido más éxito con el bodegón que con el retrato.



EL MAR

Y el mar. Porque en la temática de Juan Antonio Morales éste ha sido un tema fraudiano que ha recreado a lo largo de todas sus etapas artísticas.

El mar está a veces lejos; en la playa desierta, un niño vestido de marinero lanza su cometa; el esqueleto de un barco modesto, con los costillares al aire y roto el lienzo de la vela; la emperifollada niña de los primeros años del siglo, con su aro de madera en la mano; la dama del tiem-

po de la Regencia, que pinta un lienzo, con su caballete instalado en la playa, bajo la sombrilla.

¡Cuánta melancolía! El pintor recuerda y sus pasos le llevan siempre, inevitablemente, a estas playas.

—El mar ha producido en mí una impresión tan profunda en los años de la niñez que me ha dejado para siempre un mundo de sensaciones que aún no he agotado. Mi época surrealista parte de esta impresión.



COLOFON

El retrato, el paisaje, el bodegón, el mar. Pero aun fuera de estas áreas Juan Antonio Morales manifiesta una disposición sorprendente para interpretar lo que retiene su retina sensible: el panorama urbano de Nueva York, el picador de toros, una sala hospitalaria que es geometría poética, dentro de la cual vuelan como palomas las tocas blancas de las hermanas de la Caridad.

Marino GOMEZ-SANTOS

